

RAMIRO FERNÁNDEZ VALBUENA: EL DESPUNTAR DE LA ASIRIOLOGÍA

Jesús García Recio
Fundación van Dijk

Una obra de finales del siglo pasado que se ajusta al propósito de este seminario de primavera nos acercará a un orientalista notable, vocacionado para las lenguas y amante de la Biblia y de su entorno.

1. SEMBLANZA

Ramiro Fernández Valbuena es un personaje desconocido en el ámbito del orientalismo español. Lo cita el Espasa y en León le recuerda una calle que perdió su primer apellido: “Ramiro Valbuena” reza la placa. Al olvido de su persona ha contribuido no poco el descabellado proyecto de anegar su pueblo bajo las aguas del embalse de Riaño. De manera que sus paisanos de Huelde, los que mejor podían honrarle, ni tan siquiera tienen dónde hacerlo.

Falta la memoria viva, pero no así los documentos que dan fe de su trayectoria. Nació D. Ramiro a orillas del Esla el 11 de mayo de 1848. Y en su pueblo natal siguió viviendo, al tiempo que iniciaba los estudios humanísticos en la cátedra de latinidad de Lois con el domine Laureano José García. Cursó, seguidamente, los estudios eclesiásticos en el Seminario Mayor de León, y se doctoró en Teología y Cánones en Toledo.

Después de acabados los estudios, fue profesor de filosofía en el Seminario de León y tuvo nombramiento de párroco en San Salvador de León y en Riaño. Ganó, luego, la canongía de Penitenciario en la catedral de Badajoz y allí desempeñó el cargo de rector del Seminario. Transcurridos algunos años, pasó a la Iglesia Primada de Toledo como canónigo Penitenciario, primero, y posteriormente Lectoral y rector del Seminario Metropolitano. Finalmente, se le encomendó la diócesis de Santiago de Compostela, donde fue obispo auxiliar desde 1911 hasta el año de su muerte en 1922.

2. PUBLICACIONES

Setenta y cuatro años intensamente vividos y repartidos entre no pocos cargos le dejaron, no obstante, el sosiego necesario para madurar sus escritos. Dejando a un lado los opúsculos, las obras de la polémica antikrausista y los ensayos de Derecho Canónico, escribió fundamentalmente sobre la historia de España y del Oriente Antiguo. A la historia española dedicó un volumen acerca de Recaredo y otro sobre la Inquisición. En cambio, la historia del Oriente Antiguo le llevó a publicar nueve libros: los cuatro relativos a Egipto y Mesopotamia que luego comentaremos; el quinto titulado *La arqueología grecolatina ilustrando el evangelio*, otro sobre *La Sagrada Escritura como fuente histórica*; dos obras menores: *¿Cubrió el diluvio toda la tierra?* y *El testamento de las piedras*. Y la obra de madurez: *La religión a través de los siglos*.

3. SU MIRADA A ORIENTE

D. Ramiro no dejó pasar de largo el esplendoroso momento cultural de la segunda mitad del siglo pasado, aunque España no se sumara decididamente al movimiento europeo de vuelta hacia Oriente. Él estaba, sin embargo, pendiente de lo que otros hacían. Lo declara en el primer párrafo de *Egipto y Asiria resucitados*: “Hace tiempo

que venimos observando el movimiento literario de Europa y los trabajos incesantes de los sabios, efecto de meditados y prolijos estudios sobre los monumentos arqueológicos descubiertos y que se descubren cada día en aquellas regiones de Oriente, que fueron a la vez cuna de las primeras sociedades y de las primeras civilizaciones” (I 1).

La dejación entre nosotros o, si se quiere, el desinterés general, así como los nuevos aires dados a los estudios bíblicos por la encíclica “*Providentissimus Deus*” de León XIII, le espolearon a escribir su obra: “No sabemos que en España se haya ocupado nadie exprofeso en semejante materia, y creemos que éste sea el primer libro escrito y publicado entre nosotros con tal motivo. Por eso nos preguntábamos con frecuencia: ¿No habrá entre nuestros arqueólogos, entre nuestros orientistas, entre nuestros sabios, uno solo que se proponga hacer públicos en España los descubrimientos de la Egiptología y Asiriología? Esperábamos la respuesta a esta pregunta con el anuncio de algún libro que se ocupara en la materia. Pero el anuncio no venía, y en vano aguardábamos un año y otro año a ver si Dios tocaba el corazón de alguno de nuestros escritores y le movía a emprender una obra tan meritoria... Entendíamos, pues, que convenía hacer algo en este sentido y esperábamos a que los doctos españoles y los orientistas de nuestra patria nos dieran a conocer los tesoros escondidos entre los escombros de antiguas ciudades, poniendo en la lengua de Cervantes y de Teresa de Jesús los escritos jeroglíficos de Egipto y los no menos interesantes cuneiformes de Asia Anterior, para que nuestra juventud estudiosa y nuestro clero ejemplar estuvieran al corriente en materias tan necesarias para el conocimiento de la Historia y tan útiles para la defensa de las verdades cristianas. Viendo que nuestro deseo, de que otra pluma más docta y otro escritor más galano acometiera esta empresa, resultaba fallido, nos resolvimos a hacerlo nosotros...” (I 2-4).

4. EGIPTO Y ASIRIA RESUCITADOS

Entramos ya en sus escritos orientalísticos. La gran obra, *Egipto y Asiria resucitados*, se fue alargando a medida que la iba escribiendo entre los años 1895 y 1901. La tenía pensada de antes en tres tomos y le salieron cuatro considerablemente abultados: el primero de 665 páginas, el segundo de 615, el tercero de 659 y el último de 688; los cuatro hacen un total de 2627 páginas.

Se propuso de la primera a la última línea seguir de cerca la historia de Oriente donde se insertan las narraciones del Antiguo Testamento, conjugando unos datos y otros, los del texto bíblico y los de la arqueología y literatura orientales, sin salirse de los márgenes de la historia.

Valora, por un lado, los resultados de las ciencias nacientes, en cuanto: “son inapreciables los datos que nos suministran los nuevos descubrimientos hechos en Egipto, Palestina y Asiria. Porque después de tantos siglos sepultados entre las ruinas y los escombros de las antiguas ciudades, reaparecen a nuestra vista los antiguos Faraones, los poderosos monarcas de Babilonia y Nínive” (I 7). Y, por otra parte, no duda en usarlos para comprender mejor la Biblia, ya que: “lo que más ha enardecido los ánimos para trabajar en el terreno histórico y en el crítico sobre los monumentos de los pueblos antiguos, ha sido la comparación de lo que éstos contienen con lo que enseñan los Libros Santos del Antiguo Testamento respecto a los mismos puntos objeto de las modernas investigaciones” (I 2).

Él se encuentra a gusto con las nuevas ciencias, desde su posición de biblista convencido de “que los libros del Antiguo Testamento merecen entero crédito; que son libros ciertamente históricos y pertenecen a la época en que se suponen escritos; y por lo mismo, que son auténticos y dignos de toda fe en cuanto refieren. Esto es lo que

pretendemos demostrar valiéndonos del testimonio de los muertos y de las piedras egipcias, caldeas, asirias y fenicias” (I 55). Tan es así su confianza en la literatura egipcia y mesopotámica, que, dadas las limitaciones del texto bíblico con multitud de variantes y una transmisión textual compleja, las tiene como referentes de veracidad: “De todas estas contradicciones, nacidas de la multiplicación de las copias, están libres los textos que van a servirnos de prueba, sacados de Egipto y de Asiria. Escritos unos y otros en piedras y ladrillos y en caracteres cuyo conocimiento y significación hace muchos siglos se olvidaron, conservan todo el valor de los escritos originales y autógrafos, siendo de todo punto imposible en ellos la corrupción y las variantes; de suerte, que nos hallamos en presencia de testigos intachables por esta parte, a quienes no se les puede oponer excepción alguna” (I 119).

5. D. RAMIRO ENTRE LOS ASIRIÓLOGOS DE SU TIEMPO

El estudio de D. Ramiro se inscribe de pleno derecho entre las preocupaciones y quehaceres intelectuales de los biblistas y orientalistas europeos de su tiempo. *Egipto y Asiria resucitados* es una obra pareja a otras de Francia, Italia, Alemania e Inglaterra:

1. El entronque de la Biblia y las nacientes disciplinas orientales en Francia lo realizó singularmente F. Vigouroux con los cuatro tomos de *La Bible et les découvertes en Palestine, en Egypte et en Assyrie*, Paris 1877;
2. G. Brunengo llevó a término la misma empresa en Italia. Primero en una larga serie de artículos de la *Civiltà Cattolica* entre los años 1878 y 1884. Y luego, de manera sistemática, en los tres tomos de *L'impero di Babilonia e di Ninive dalle origini fino alla conquista di Ciro, descritto secondo i monumenti cuneiformi comparati colla Bibbia*, editado en Prato en 1885;
3. de Alemania salieron varios estudios con la misma intención que el de D. Ramiro. El más cercano por fecha de publicación es el de E. Schrader, *Die Keilinschriften und das Alte Testament*, Giessen 1883;
4. y en Inglaterra, un años más tarde que D. Ramiro, escribía Th. G. Pinches su *The Old Testament in the Light of the Historical Records and Legends of Assyria and Babylonia*, London 1902.

Analicemos y comparemos ahora los estudios entre sí. El talante de la obra de Schrader es muy distinto del de la de D. Ramiro. *Die Keilinschriften und das Alte Testament* es un estudio eminentemente filológico. El autor recorre el Pentateuco, los libros históricos, los proféticos y sapienciales, deteniéndose en pasajes escogidos que ilustra con ayuda de la filología comparada, la historia, y la geografía de las fuentes mesopotámicas. El análisis filológico es minuciosísimo y muy frecuentes las citas de textos acadios y sumerios.

El *The Old Testament* de Pinches coincide con D. Ramiro en seguir el orden de los libros bíblicos y hacer, al paso del texto, los altos necesarios para comparar narraciones, ver similitudes y detectar diferencias respecto a la literatura mesopotámica. Van de acuerdo ambos autores en la confrontación pormenorizada de los once primeros capítulos del Génesis con los relatos de creación, el diluvio y la lista de reyes antediluvianos de Mesopotamia. Los dos siguen el rastro de los patriarcas, de Abraham a José, tratando de situarlos en su contexto histórico y cultural. Y uno y otro manejan las inscripciones reales asirias y babilonias a propósito de los episodios de la historia de Israel y Judá descritos en los libros históricos y proféticos. Lo que les diferencia es la

proximidad a los textos mesopotámicos y a su historia: Pinches escribe de primera mano, mientras D. Ramiro lo tuvo que hacer a partir de otros autores.

Vigouroux y Brunengo son los dos estudiosos más cercanos al talante de D. Ramiro y los que le dieron la pauta de su obra. Él mismo declara en el prólogo que Vigouroux le sirvió de guía para Egipto y Brunengo para Asiria. Comienza, como ellos, con un esbozo sobre las escrituras jeroglífica y cuneiforme, y los descubrimientos arqueológicos de Mesopotamia. Pasa luego a las cosmogonías orientales en relación con los primeros capítulos del Génesis; entra de lleno en los relatos diluviales, prosigue con los patriarcas y el minucioso análisis de las tradiciones del Éxodo y la literatura egipcia. Al llegar a los jueces, los trata personaje a personaje. Los capítulos dedicados a la monarquía, desde Saúl a la caída de Samaría y la conquista de Jerusalén por Nabucodonosor II, están repletos de alusiones a las fuentes extrabíblicas. Y lo mismo ocurre con las páginas sobre el Exilio. Pero, mientras Vigouroux y Brunengo detienen su recorrido histórico en Daniel y la Mesopotamia de Ciro, D. Ramiro prosigue con un extenso capítulo dedicado a Ester y la época persa. Por último, Vigouroux y D. Ramiro concluyen sus respectivos volúmenes con un tratado sobre las tradiciones religiosas de Egipto, Mesopotamia y la contenida en el Antiguo Testamento.

6. LA BIBLIOGRAFÍA

Que D. Ramiro siga a Vigouroux y Brunengo no significa que su horizonte bibliográfico se cerrara en dos autores. Cita unos 468 libros y artículos. Una muestra de su erudición son estos títulos: la *Grammaire hiéroglyphique* de H. Brugsch (Leipzig 1872); P. E. Botta, *Monument de Ninive*, Paris 1846-1850; F. Delitzsch, *Wo lag das Paradies?*, Leipzig 1881; G. Ebers, *Aegypten und die Bücher Mose's*, Leipzig 1868; H. Ewald, *Die Altertümer des Volkes Israels*, Gotinga 1864; G. Gesenius, *Thesaurus philologicus criticus linguae hebraeae et chaldaeae Veteris Testamenti*, Leipzig 1835-1858; A. Jeremias, *Die Babylonisch-assyrischen Vorstellungen vom Leben nach dem Tode*, Leipzig 1887; J. A. Knudtzon, *Assyrische Gebete an den Sonnengott für Staat und königliches Haus aus der Zeit Asarhaddons und Assurbanipals*, Leipzig 1893; A. H. Layard, *Niniveh and its Remains*, London 1849; F. Lenormant, *La langue primitive de la Chaldée et les idiomes touraniens*, Paris 1885; W. K. Loftus, *Travels and researches in Chaldea and Susiana*, London 1857; G. Maspero, *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, Paris 1886; J. Menant, *Les Écritures cunéiformes*, Paris 1864; E. Norris, *Assyrian Dictionary*, London 1868-1872; J. Oppert, *Expédition scientifique en Mésopotamie*, Paris 1859-1863; Rawlinson-Norris-Smith-Pinches, *The Cuneiform Inscriptions of Western Asia*, London 1861-1884; A. H. Sayce, *An Elementary Grammar with full Syllabary and Progressive Reading Book of the Assyrian Language in the Cuneiform Type*, Paris 1875; E. Schrader, *Die Keilinschriften und Geschichtsforschung*, Giessen 1872; G. Smith, *The Chaldean Account of Genesis*, London 1875; J. N. Strassmeier, *Inschriften von Nabonidus*, Leipzig 1889; M. de Vogué, *Corpus Inscriptionum Semiticarum I*, Paris 1889; H. Winckler, *Die Inschriften Tiglat-Pileser I*, Leipzig 1893; etc.

A las 468 citas bibliográficas no se han sumado las numerosísimas alusiones y referencias de escritores clásicos (Estrabón, Horacio, Tito Livio, Salustio, Quinto Curcio), de fuentes judeo-helenísticas (Flavio Josefo), de Padres de la Iglesia (San Cirilo de Alejandría, Eusebio de Cesarea, Tertuliano, San Isidoro de Sevilla, San Agustín, Santo Tomás, etc.), de biblistas (San Jerónimo, Pereire, Prado, Villalpando, Cornelio Alapide), de teólogos (Fray Luis de Granada, Melchor Cano), o las referencias

al Corán que cita según la traducción de Ortiz de la Puebla (Barcelona 1872), y al Talmud y paráfrasis de los libros del AT.

Usa la bibliografía de modo diverso: desde citas literales largas de dos páginas, a párrafos brevísimos y la referencia escueta.

7. MESOPOTAMIA

D. Ramiro tenía un conocimiento preciso de Mesopotamia. La define como “cuna” natural: “Cierto que la naturaleza parece haber preparado aquella comarca para cuna de la humanidad que renacía después del diluvio; para primer teatro de la naciente civilización que debía desarrollarse antes que los hombres se separaran” (I 70).

La describe partiéndola en dos mitades, la norteña o Asiria y la meridional o Caldea, que se subdivide, a su vez en Accad y Sumer: “Ocupa Caldea la parte baja de la Mesopotamia, siendo limitada al Norte por Asiria, al Sur por el Golfo Pérsico, al Este por el Tigris y al Oeste por el Éufrates; comenzando este país hacia la altura de Bagdad, donde se aproximan bastante ambos ríos y extendiéndose por la cuenca que forman hasta desembocar en el mar... Dividíase a su vez en dos regiones distintas, la Alta y la Baja Caldea, o de otra manera Accad y Sumir; de las cuales Accad se extendía desde las fronteras de Asiria hasta poco más abajo de Babilonia, y Sumir comprendía el resto de la Caldea” (I 85).

Sus vastos conocimientos los pone en juego cuando trata de las excavaciones, la geografía, la escritura, los relatos de los orígenes, el nomadismo y las inscripciones e ilustraciones.

1/ Excavaciones:

El resumen arqueológico lo hace de norte a sur. Al referirse a Nínive no ahorra detalles sobre las gestiones y descubrimientos de Botta en “Koyundjik” y “Khorsabad” o la fortuna que acompañó a Layard, Loftus y Rassam. Un buen testimonio del cuidado de sus descripciones es el párrafo que dedica al palacio de Sargón II: “Levantábase aquel magnífico palacio sobre una vasta plataforma hecha de ladrillo, teniendo la figura de un rectángulo, cuyo mayor lado era de 1.200 pies de largo, y el menor de 500. El interior estaba dividido por macizos muros, también de ladrillo, con un espesor de 12 a 20 pies en multitud de compartimentos, entre los cuales hallábanse salones de más de 100 pies de longitud por 35 de anchura. Sin duda sobre el primer piso habría otros de varias dimensiones, pero estaban arruinados, no quedando en pie más que la planta baja hasta la altura de 10 a 15 pies. Todas las paredes se encontraban recubiertas por dentro y por fuera de lastrones calcáreos llenos de inscripciones y bajos relieves. A la puerta principal del palacio se veían dos guardianes singulares. Eran dos toros enormes, que tenían sobre la espalda y en las patas multitud de inscripciones; también las había en el pavimento interno y externo, y en los fundamentos del palacio fueron encontradas monedas de oro, de plata, de bronce y de plomo con epígrafes conmemorativos de la construcción; siendo la fórmula repetida con más frecuencia la siguiente: *Palacio de Sar-kin, descendiente de Belo, Vicario de Assur, rey poderoso, rey de las naciones, rey del país de Assur*” (I 78).

El descubrimiento de la biblioteca de Assurbanipal dejó esta huella en su obra: “En una sola de las grandes salas se encontraron tantos pedazos de ladrillos escritos, que cubrían el suelo en un espacio de 10 metros cuadrados hasta la altura de 30 centímetros. De estos ladrillos que decoraban las paredes del palacio, se llevaron al Museo Británico más de 20.000 piezas, que son otras tantas páginas de que se componían las bibliotecas

asirias. Esta de Assurbanipal, no sólo contenía los fastos del mismo rey, según estilo y costumbre de otros palacios, sino que además poseía una riqueza y variedad grande de tratados de diverso género, pertenecientes a la religión, a las leyes, a las costumbres, a la vida privada de los asirios, a la astronomía, la astrología, la magia, la gramática, con diccionarios y otros trabajos acerca de la lengua asiria y de otro idioma más antiguo y quizá muerto en aquel tiempo” (I 81).

El recorrido por el sur empieza en Abu-Sharein, bajo cuyas arenas dormía Eridu: “...hallamos que al poco trecho de la conjunción de ambos ríos Éufrates y Tigris y muy cerca de Abu-Sharein, fueron descubiertas las ruinas de Eridu, puestas a la luz del día por Taylor. Era una especie de fortaleza colocada sobre una plataforma artificial que se levanta bruscamente sobre la llanura como unos 20 pies. Altas murallas formaban el recinto, en una de cuyas extremidades aparece un torreón; siendo, no obstante, la principal construcción una pirámide que se hallaba hacia el medio de la plataforma. La parte interior de la pirámide estaba hecha de adobes secados al sol y el revestimiento exterior de ladrillo, con un espesor de cinco pies. Su altura era de 70 pies y constaba de cinco pisos; encontrándose todavía algunas piezas de mármol que formaban los escalones del primer tramo, cuya elevación era de 15 pies. Sobre la cumbre de dicha pirámide estaba construido un templete, de cuya riqueza dan aún testimonio varias piezas de ágata, de alabastro y mármoles varios, bien pulidos y tallados; junto con multitud de clavos de cobre con cabeza de oro y miniaturas de oro puro, esparcidas por el suelo. Alrededor de la pirámide se encontraron los cimientos de otros edificios, algunos de los cuales descubrió el mismo Taylor, viendo en sus paredes varias pinturas tricolores con diseños de hombres y de pájaros. Lo más importante, sin embargo, de este descubrimiento fueron las inscripciones de los ladrillos con que estaba embaldosada la plataforma; inscripciones breves y mutiladas casi todas, pero en las cuales ha podido leerse el nombre de antiquísimos príncipes de Eridu, llamados *Patesi* o soberanos y virreyes de Eridu. La mayor parte de estas inscripciones pertenecen a monarcas que residían en otra parte; pero que consideraban y se gloriaban de tener aquella fortaleza entre las principales de sus estados” (I 86-87).

Pasa luego a narrar los descubrimientos de Tello, Warka, Ur, Larsa, Nippur, Sippar, Dur-Kurigalzu. Así describe la zigurat de Ur: “Su principal monumento es una torre de muchos pisos, con 70 pies de altura sobre base rectangular, edificada con adobes y ladrillos, teniendo por cemento en unas partes asfalto y en otras cal (*Mugheir* significa ciudad del asfalto). Sobre la torre se levantaba un templo, del cual hacen memoria los ladrillos inscritos con el nombre de los reyes que lo construyeron o restauraron. Léense los nombres de Urkham y Nabonide entre otros. De donde se deduce que aquella ciudad fue floreciente desde los tiempos más remotos hasta el siglo sexto antes de nuestra era, por lo menos... La gran torre y el templo edificado sobre ella, de que hablamos antes, estaban dedicados al dios Sin, siendo debida su construcción al rey Urkham, como se ve por el testimonio de uno de los ladrillos que dice: *Urkham, rey del país de Ur, ha fabricado el templo del dios Sin. Al dios Sin, su rey, Urkham, rey de Ur, fabricó el templo y la fortaleza de Ur. Al dios Sin, luz del cielo, primogénito de Belo, su rey, Urkham, varón poderoso, rey de Ur, ha fabricado el templo TIM-GA-TU, el palacio de su deseo*” (I 90).

Ahora bien, no podía faltar Babilonia en su lista. Después de recordar el perímetro de la muralla, menciona el hallazgo del templo de Nergal, el Bit-zida, el Bit-Saggatu y la zigurat, que él describe: “... pero sobresale entre todos por lo gigantesco de su mole y por las trazas de su antigua magnificencia, lo que llaman los árabes Birs-Nimrud, o torre de Nemrod, que era la misma torre de Babel, según los mejores asiriólogos... Es un monte de ladrillo y cacharros rotos, que se eleva a más de 46 metros, por una base de

700 de circuito. Hállanse trazos enormes de muralla vitrificada, que denuncia la acción del fuego; y trozos de pilastras aún en pie, de 10 metros de altura. Los cuatro ángulos del edificio miran exactamente a los cuatro puntos cardinales, y de ellos sacó Rawlinson cuatro cilindros de tierra cocida, de los que cada uno tiene el mismo texto con ligeras variantes y sesenta líneas de escritura, dando cuenta de la antigua fundación y de la restauración hecha por Nabucodonosor. Principian así: *Yo soy Nabu-kudur-ussur, rey de Bab-Ilu, siervo fiel, prenda del afecto inmutable de Marduk... el reedificador de Bit-Saggatu y de Bit-zida, hijo primogénito de Nabu-pal-ussur, rey de Bab-Ilu*" (I 97).

2/ Geografía:

Discute un buen número de topónimos de la geografía mesopotámica. Aparte de la localización de la Ur de Gén 12 en la Baja Mesopotamia y no en la cuenca alta del Éufrates, aborda la identificación de otros muchos lugares: Warka la hace coincidir con Erech de Gén 10, 10 (I 87); identifica Nippur con Kalne de Gén 10, 10 (I 241) y Purupak con Akkad de Gén 10, 10 (I 241).

Entiende, por otro lado, que Sippar es la Sefarwaim de 2 Rey 17, 24 (I 93) y anota al respecto: "La forma dual con que la escribe el autor de la historia de los reyes de Judá e Israel y que significa literalmente las dos *Sipparas*, indica una cosa que hoy está a la vista de todos; y es que esta ciudad se hallaba dividida en dos por un canal del Éufrates, llamado Nahar-Agané, según consta de las inscripciones. El nombre de esta ciudad viene de *Sepher* o *Biblos*, libros; por la abundante biblioteca que en ella se conservaba. Tenía, como Larsam, un célebre templo dedicado al sol y otro a la diosa Anunit, hija de la luna; de modo que la ciudad entera estaba consagrada a las dos divinidades, llamándose la una de sus partes Sipar-sa-Samas, y la otra Sipar-sa-Anunit; o sea Sipara del sol y Sipara de la luna" (I 93).

3/ La escritura:

Traza la historia y peripecias del desciframiento del cuneiforme: la copia de inscripciones por Niebuhr, el avance logrado por Grotefend, los posteriores estudios de Rawlinson y Oppert. Baja a los detalles del lento proceso de identificación de determinativos y nombres propios: Grotefend, Burnouf, Larsen, Löwenstern, Oppert, Saulcy, Botta, Hincks. Dedicar dos páginas a la copia de la inscripción de Behistum (I 103-105).

Escribe respecto a los textos: "Parece ser que la escritura cuneiforme fue en su origen jeroglífica, como la egipcia... La escritura, además, de que se servían los babilonios y asirios, no debe ser originaria ni de unos ni de otros; sino que debió serlo de una raza que hablara un idioma completamente diferente y que perteneciera a la familia turania; idioma llamado accadiano por F. Lenormant y sumeriano por Oppert y Delitzsch, procedente de uno de los pueblos de Caldea, tan frecuentemente recordado en las inscripciones, Sumer o Accad... Birch calculaba en 1872 que ascendía a 20.000 el número de fragmentos reunidos en Londres, donde se halla la parte mejor y más abundante de este género de escritos; pero desde entonces se aumentó notablemente. Smith asegura a su vez que en el palacio de Koyundjik habría sepultados aún otros 20.000 fragmentos de escrituras cuneiformes. El mismo asiriólogo compró a un comerciante de Bagdad, para el Museo Británico, dos mil quinientos contratos encontrados por los árabes de Hillah en grandes tinajas de barro... Por último, el citado Museo fue enriquecido con otro refuerzo de cinco mil ladrillos, encontrados por Rassam en la antigua Sippara" (I 105-107).

Como muestras de la escritura reproduce en dos planchas una inscripción en persa de Darío y otra de Jerjes (I entre las pp 80-81).

4/ Relatos de los orígenes:

Los capítulos dedicados a los relatos de creación y al diluvio son quizá los más reflexionados.

a) Relatos de creación:

El texto capital de Mesopotamia al que se refiere D. Raimundo es el Enuma eliš: “Las doce tablillas que contienen el relato de la creación encontradas por Smith están todas rotas, y de la clasificación que de ellas se hizo, después de reunir sus fragmentos, según creyó más justo y oportuno, resulta: que en la primera se trata del caos y de la generación de los dioses; en la que parece ser la segunda de la formación del abismo; el tercer fragmento está dedicado a la formación de la tierra; el cuarto, que debió ser de la tabla quinta, trata de la creación de los cuerpos celestes; el quinto, que quizá lo es de la séptima, de la creación de los animales terrestres; algunos fragmentos que hablan de la creación del hombre; y por último, otros varios donde se indica la guerra entre los dioses y los espíritus malignos... De este poema, traducido por Smith y después corregida la traducción por Oppert tomaremos la parte contenido en la tabla primera, que dice así: 1) En otro tiempo lo que está en alto no se llamaba cielo, 2) Y lo que está debajo sobre la tierra no tenía nombre. 3) El abismo infinito, su origen (del cielo y de la tierra). 4) La mar, que todo lo engendró, era un caos. 5) Las aguas fueron reunidas en un sitio. Entonces 6) había una profunda obscuridad, sin ninguna luz, un viento de tempestad sin reposo...” (I 128-129).

Él sigue la traducción de Oppert (*Fragments de cosmogonie*) y la prefiere a la de Smith (*Chaldean Account*), por ser más reciente, aunque reconoce que es menos clara (I 130).

De su relación con los pasajes bíblicos, escribe: “Comparando las creencias de los asirios con las de los hebreos en orden al origen de las cosas, hallamos entre ellas notables analogías y también grandes discrepancias. Por de pronto, notemos que faltan en la relación caldea, que hemos transcrito, las primeras cinco palabras del Génesis, en donde se expresan los dos dogmas fundamentales de la teología cristiana y judaica, la unidad de Dios y la creación *ex nihilo*. Quizá se descubran con el tiempo otros originales asirios en que consten ambas o lagunas de ellas” (I 131).

b) El diluvio:

Los textos de que disponía D. Ramiro eran: el relato de Beroso, según Polihistor, recogido por Eusebio de Cesarea, y los fragmentos de Guilgamés descubierto por Smith. Tenía, además, a mano cuatro traducciones, por lo que escoge una: “En vez de las traducciones de Smith, Oppert y Lenormant, daremos aquí la de Pablo Haupt, que es posterior y más correcta que las otras” (I 238).

Este es su resumen de Guilgamés: “Desde la primera a la quinta (tablilla) refieren las luchas del héroe con las fieras y los monstruos; los sueños misteriosos que tuvo; la alianza con su íntimo amigo el sabio Heabani, que en adelante fue su inseparable compañero y prudente mentor; y por último, la conquista de Erech, para la cual fuere necesario matar al tirano extranjero Umbaba, que la tenía esclavizada. En la tabla sexta se habla de los amores de Istar y la proposición hecha a Izdubar, para que le recibiera

por esposa, las calabazas que el héroe dio a la Venus caldea y los consiguientes enfados de ésta. En la séptima se hace relación de la bajada de Istar al infierno, que tiene bastante parecido con lo que cuenta Virgilio de la Sibila de Cumas. La octava trata de la muerte de Heabani y el duelo de Izdubar con tan triste motivo, la enfermedad que contrajo como consecuencia de la afección moral por el fallecimiento de su amigo, y las angustias y temor de morir que se apoderaron de su ánimo. A fin de sustraerse a las asechanzas de este último *enemigo del hombre*, como le apellida el poeta, Izdubar resolvió consultar al último rey antediluviano, Hasisadra, para aprender de él el remedio contra la muerte, puesto que la fama le proclamaba conquistador de la inmortalidad, que vivía retirado en un delicioso y desconocido paisaje. Hasisadra y Kusithro son un mismo nombre, el primero en asirio y el segundo en griego; pues se ve bien la idea de Beroso de helenizar el nombre del último rey caldeo antediluviano convirtiéndole en Kisithrus o Sisithros. Izdubar, pues, se pone a buscar por todas partes a Hasisadra, según refiere el canto IX, y después de varios viajes sin resultado, encuentra al fin (tabla X) a Urhamsi, armador y marino experimentado, y juntos construyen una nave, sobre la cual descienden por el Éufrates hasta su desembocadura en el mar. Allí hallan a Hasisadra, durmiendo tranquilamente sobre una ribera, de la cual les separa un brazo del río, infranqueable para los mortales. Llámale desde lejos e Izdubar le propone la gran cuestión sobre la inmortalidad, que tan atormentado le traía. Hasisadra proclama la ley universal de la muerte y dominio de ésta sobre los hombres, diciendo al viajero estas palabras con que finaliza la tabla X: “La diosa Mamit (diosa del hado), la creadora del destino, asigna a los hombres la suerte fatal; ella ha determinado la muerte y la vida; pero el día de la muerte es desconocido. Izdubar, que iba buscando el remedio para no morir, quedó poco satisfecho con semejante respuesta; así es que preguntó de nuevo a Hasisadra, de qué modo había conseguido la inmortalidad, esperando que la contestación a esta última pregunta le proporcionaría el medio de evitar lo que tanto temía. Con la pregunta de Izdubar da principio la tabla XI siendo la respuesta de Hasisadra la extensa narración de lo acaecido en el diluvio y haciéndole comprender que, debido a su piedad, fue salvado de las aguas devastadoras, adquiriendo la inmortalidad” (I 242-243).

De la comparación con el relato bíblico extrae estas analogías y discrepancias:

a) Analogías:

- la maldad de la humanidad que determina el castigo del diluvio;
- la existencia de un solo personaje grato a los ojos de lo Alto;
- el mandato de fabricar una nave;
- la embarcación calafeteada;
- la salvación de la familia;
- la embarcación que encalla en Ararat = Urartu = Armenia = *nizir*, coincidiendo la narración de Beroso, la asiria y la bíblica;
- el sacrificio después de que bajaran las aguas

b) Discrepancias:

- la duración del suelta de las diluvio: 40 días en el relato bíblico y 7 en el mesopotámico; las aves es otro argumento que confirma el origen común, aunque haya diferencias: “Uno de los rasgos más característicos de ambas relaciones y que prueban la unidad de origen, es el envío de las aves para conocer el estado de la tierra, hecho por los dos protagonistas, Hasisadra y Noé.

Aquí mismo, empero, se advierten variantes en cuanto al orden de salida y al número de emisarios. Nada dice Moisés de la golondrina; pero da como anterior la salida del cuervo, *qui egrediebatur et non revertebatur*, y la paloma fue tres veces mensajera; la primera “como no encontraba dónde pararse, volvió al arca”; la segunda “volvió por la tarde con un ramo verde de oliva en el pico”, y la tercera “ya no volvió, habiendo mediado siete días entre cada una de las salidas” (I 261);

- el destino de los protagonistas: Hasisadra logra la eternidad de los dioses y Noé llegar a los 350 años.

5/ El nomadismo:

D. Ramiro reúne los datos dispersos en torno al nomadismo del Oriente Antiguo para hacer inteligible la segunda mitad del Génesis. Del fondo histórico de las tradiciones patriarcales y del movimiento transhumante de los seminómadas escribe con gran tino: “El Génesis, por su parte, en medio de la encantadora sencillez con que narra los hechos de Abraham, deja traslucir con bastante transparencia que hay un gran fondo de verdad en las tradiciones del oriente relativas al patriarca... No siendo practicable el camino que desde *Ur de los caldeos* viene recto al occidente, por causa del gran desierto que separa del Éufrates los montes de Basán, la familia de Taré debió tomar la ruta del norte, atravesando el río, para remontarlo por su margen izquierda, tan abundante en pastos como estéril es la derecha del mismo, casi desde la ciudad natal hasta la altura de Hará” (I 392-393).

Los orígenes mesopotámicos de Abraham lo delata su nombre: “Así es que se ha encontrado como nombre propio en los monumentos indígenas bajo la forma asiria *Aburamu* y también sin la terminación propia del asirio *Ab-ram*, que como se ve es el mismísimo nombre del patriarca antes que Dios se le cambiara en *Abraham*” (I 390).

La bajada a Egipto del grupo de Abraham la trata con muchísimo detalle (I 402-429). Recogemos sólo uno entre los datos que aporta, como son la representación de un grupo de asiáticos venidos a Egipto de una tumba de Beni-Hassan, el ritual de la circuncisión egipcio y su relación con el rito patriarcal de Gen 16, etc.: “...damos por admitido que Abraham llegó a Egipto antes que los Hiksos, y esto parece desprenderse del relato bíblico, que no cuenta caballos entre los dones ofrecidos y entregados por el peregrino hebreo, pues fueron importados en la tierra de Mesraim por los invasores asiáticos” (I 409).

Describe costumbres de los beduinos que se pueden rastrear en pasajes patriarcales: la hospitalidad con los caminantes, los matrimonios dentro de la misma tribu, los duelos por los difuntos, etc. (I 429-445). Compara algún contrato de compra-venta asirio con el de la compra de la gruta de Makpela de Gen 23 (I 440).

6/ Inscripciones e ilustraciones:

D. Ramiro ambienta adecuadamente la argumentación de sus libros con abundantes textos al margen de los que analiza por su interés para la inteligencia del Antiguo Testamento. Trae a cuento las inscripciones fundacionales de Ur-Nanše, de Gudea, de Pulgi, de Nabonid o himnos como el dedicado a Sin.

Y, por supuesto, que no faltan las ilustraciones, hasta un total de 132 grabados con el texto en castellano, aunque la ilustración esté tomada de una obra extranjera. Destacan: un mapa desplegable de Siria y Palestina, el grabado de una de las momias

del Museo Arqueológico Nacional, el del bajorrelieve del Guilgamés del Louvre o el de las pinturas de Beni-Hassam.